

EL SAN SEBASTIAN DE 1900

Por SANTIAGO AIZARNA

La iniciación del San Sebastián como lugar de veraneo, que algunos historiadores locales han querido fijar con cierta precisión nos llevaría casi, casi, a los primeros años del 1800, pero, en todas las cuestiones hace falta que la iniciación vaya acompañándose de experiencia, de proyección, de asentamiento y, con arreglo a esta idea, no será despropósito, acaso, situar los alrededores del 1900 como momento en el que su fama se corona con su aceptación como «ciudad de veraneo» dentro de una escala europea. Desde que algún «iluminado» descubriera las excelencias de los «baños de mar» (mucho antes de que aquel férvido creyente de la hidroterapia en general, monseñor Sebastián Kneipp, camarero privado del Papa y Cura-párroco de Wörishofen (Baviera) publicase su libro terapéutico «Mi Testamento» en 1894, y cuya versión al castellano fue realizado por D. Joaquín Collet y Gurguí, doctor en Medicina por la Facultad de Munich, en 1920) las gentes se fueron aficionando a ese conglomerado singular que forman la arena, y el agua, y la brisa, y el salitre en feliz conjunción. En lo referente a San Sebastián faltaba, acaso, oficializar su vocación y su destino, canonizar su nombre y proyección, y de ello se encargó, por simpatías que contrajo hacia esta ciudad, y por razones que nadie se explica, con lo que se supone que será por aquella teoría pascaliana de «las razones del corazón», la reina María Cristina que decide visitarnos el verano de 1887, y fijar aquí la capital veraniega de la nación.

Poco a poco los ciudadanos donostiarras de aquel entonces se van dando cuenta de lo que el veraneo representa para la vida de su ciudad. Se debate entonces, por supuesto, la oportunidad de encauzar su futuro, bien por la industria o por el turismo, y como fecha importante a reseñar en los anales de la misma, habría que escribir esa del 17 de mayo de 1902, en que ya, San Sebastián cuenta

con una Sociedad de Fomento, presidida por D. Guillermo Brunet. De esta Sociedad irradiarán muchos impulsos, tanto en la cuestión hotelera (un tanto deficiente hasta entonces), como en las diversiones, festejos, casinos, etc. Luego, y propiciado en mucho por la suerte que le cabe a España de guardar su neutralidad en la guerra europea, su situación cerca de la frontera, etc., conocerá mejores tiempos, y las carreras de bóldos, y el turf y el cosmopolitismo que generan los casinos, etc., se darán cita en ella, pero no es cuestión de adelantar acontecimientos.

DOS ESCRITORES EN SAN SEBASTIAN

Todavía faltan algunos años para que, por ejemplo, Wenceslao Fernández Flórez descubra las pulgas donostiarra, para que, Julio Camba nos revele el tremendo secreto de que el vascuence, en realidad, consta de unas quinientas palabras y lo demás es pura fábula, y también de esa lucha que el paisaje donostiarra lidia con la ruleta en sus afanes comunes de llevarse cada cual a sus turistas, por lo que el Casino inventa el arma invencible de la galerna. Son cosas un tanto bromosas y chirenes que inventan los humoristas.

En 1900 o por sus alrededores, hay muchos escritores que se deciden a visitar San Sebastián, no en vano su fama como ciudad turística brilla hegemónica. Y, entre los muchos que vienen escogemos dos, para, a través de sus descripciones, imaginarnos cómo fue aquel San Sebastián de 1900. Estos dos elegidos son Melchor de Almagro San Martín y Emilio Bobadilla, que hizo famoso su seudónimo de «Fray Candil».

Melchor de Almagro San Martín nació en 1882, en Granada y murió en 1947, en Madrid. Escribió miles de artículos en periódicos y revistas como Blanco y Negro, La Esfera, Nuevo Mundo, ABC, Herald de Madrid, Informaciones, El Español, El Imparcial, etc. Su sentido escritural se vuelca más sobre la crónica que sobre lo creativo y lo ensayístico, y acaso, por ello mismo, ofrece una más menguada producción libresca. Puntual notario de la vida madrileña, sobre todo en su «Biografía de 1900», en el que sigue paso a paso las andanzas, saraos y fiestas de la gente de la alta esfera de Madrid, su visión del veraneo donostiarra, enfocada desde la comparación con

Biarritz, la sierra madrileña, etc., nos da bastantes puntos de meditación.

Emilio Bobadilla «Fray Candil», nació en Cárdenas (Cuba), en 1862 y murió en 1921. Escritor de abundante producción, tanto en lo creativo como en lo descriptivo, cultivador de todos los géneros, poesía, crítica, novela, ensayo, etc., el volumen suyo que aquí nos conviene mencionar es «Viajando por España», en alguno de cuyos capítulos nos ilustra sobre su visión particular sobre San Sebastián.

SAN SEBASTIAN O LA CARRERA DE CONSOLACION

No se nos muestra demasiado entusiasmado Melchor de Almagro San Martín, con las excelencias del veraneo donostiarra en 1900. Seguramente otra idea de la ciudad y de su estampa por ella tienen los madrileños que quieren «hacerse ver» por sus amistades, pero ante la exquisitez de Biarritz, Almagro San Martín es que ni toma en serio a San Sebastián.

En una primera impresión, habla de sus compañeros diplomáticos no en tonos muy de alabanza. Como corresponde a personaje tal, un poco «arbiter elegantiarum» de los salones madrileños (junto con su compañero de fatigas aúlicas Eugenio R. de la Escalera, el famosísimo «Montecristo»), se hospeda en el Hotel du Palais, construido en 1887 por el francés M. Dupouy, cuyo propietario fue más tarde, Fernand Jouneau, y que ocupaba esa manzana céntrica que, actualmente, ocupan en la Avenida, Derby, Nerecán y el Banco Guipuzcoano. Aun reconociendo la magnificencia del hotel que ha escogido, Almagro San Martín se nos queja de la enorme carestía, o también de la pobreza de sus posibilidades económicas. He aquí la impresión de su llegada a San Sebastián:

«Llevo unos días en San Sebastián, adonde he venido para gozar de mis vacaciones en el Ministerio. Coincido aquí con la gran semana: «chupinazos», toros, franceses en pandillas que pasan la frontera para presenciar algunas corridas, Arana, pelotaris y bailes del Gran Casino. Como son pocos días me hospedo en el Hotel du Palais, magnífico hostel que han levantado en la Avenida, con todo el lujo y comodidad modernos, cuya enorme carestía (25 pesetas diarias) no podría aguantar yo larga temporada. Aquí viven los diplomáticos compa-

ñeros míos que han tenido la suerte de ser designados para la «jornada». No son, ciertamente, los más capaces y trabajadores, pero sí los mejor recomendados. ¡El que no tiene padrinos no se bautiza!».

Fustiga también, con despreciativo acento, a las gentes madrileñas con las que se tropieza en las calles donostiarras:

«En San Sebastián hay actualmente mucha gente de los Madriles; pero no es lo mejor aquello que se encuentra al paso. Los inquilinos de las «villas» lujosas suelen llevar retraída existencia por el campo y la playa a horas poco frecuentadas.

En cambio, el «zurribulli» procura hacerse ver cuando puede para que la gente se entere bien de que está en San Sebastián.

San Sebastián es como la «Carrera de Consolación» en los hipódromos, organizada para que puedan ganar premio quienes no lo obtuvieron en las otras. Así, aquellos que no logran hacer papel en Madrid, pretenden jugarlo en San Sebastián. Las señoritas que no consiguieron poner los pies en los saraos aristocráticos de la corte, no cesan de danzar en el Casino de aquí. ¡Esos cotillones con figuras baratitas de papel, que dirige indefectiblemente Fernando López Monís —ojos claros, sonrisa franca, figura esbelta—, cuya simpatía se gana el homenaje unánime de niñas y mamás!

Tampoco es demasiado estimulante el panorama que describe de los jugadores ante el «tapete verde»:

«En ambos extremos del salón de fiestas se abren dos estufas de cristales semicirculares, desde donde los fumadores contemplan el baile.

La gran terraza, donde sopla libremente la brisa del mar, está, tarde y noche, repleta de veraneantes, quienes de vez en cuando se dan una vuelta por los «caballitos».

Las personas con más peso dentro de sus bolsas se eternizan en las salas de recreos mayores, donde se hace un juego fuerte, aunque no llegue al de «infierno» como el del Municipal de Biarritz.

En San Sebastián, pegados al tapete verde, se pueden contemplar a damas descotadas y caballeros de «smoking» jugarse una vaquita de a cinco duros o una triste pesetilla a tres pases.

No es, precisamente el Gotha lo que reseña, pero los personajes y personajillos con los que se tropieza, los pone inmediatamente en su nómina particular. Helos aquí:

«Anoche vi en la sala a los chicos de Montarco, a Merceditas Pérez de Vargas, a los Vilana, a «Bombita Chico», muy postinero, de corto, coleta y un dije de reloj figurando un ancla enorme de brillantes, que hablaba con Gloria Laguna. También estaban allí Javier Somosancho, la condesa de Retamoso, Carlos Viñaza con el infante don Alfonso, que vienen aquí para los toros. El «Guerra», recién retirado de su profesión, se pasea por la Concha acompañado de una corte de amigos que ríen sus chistes de la tierra. «No me hable usted de París —dice—: olivares, olivares y todo lleno de extranjeros»; o su definición del toreo: «O te quitas tú o te quita el toro».

Se diría, por la descripción que Almagro de San Martín hace que, tanto la playa de la Concha como su paseo, permanecieron así durante una gran cantidad de tiempo:

«Al mediodía es moda que el gentío baje a la playa o dé interminables vueltas por la Concha. Hay en la primera división de sexos, aunque no esté marcada de modo ostensible. Una simple cuerda separa a Eva de Adán, pero no en edénica vestidura; quiere decirse, con la hoja de parra paradisiaca, sino embutidos, ellas, en pesados camisones que, a su vez, van envueltos por los albornoces cuando transitan desde la caseta a la playa, y con bañadores de cuerpo entero a rayas, como presidiarios, los varones.

Luego, el típico paisaje de las carretas, tantas veces narradas en las crónicas donostiarra:

«Lo más típico de la playa son las carretas tiradas por bueyes, que conducen a los bañistas hasta el borde del mar, y las bañeras, con enormes sombreros de paja y hopalandas negras.

Un poco alejada, en un extremo de la Concha, está la caseta real, flanqueada por dos torrecillas.

Siempre hay un cerco de público presenciando el baño de don Alfonso y sus hermanas.

Otros mirones, situados más arriba, en el paseo, devoran con gemelos las arropadas figuras de los bañistas, que entran y salen en las verdes aguas con tan hábiles dengues y remilgos

pudorosos que apenas si dejan ver algo más de aquello que muestran habitualmente en la calle.

La Bailén está en Ayete, pero no sale apenas de su castillo encantado, como no sea para trasladarse a Miramar.

Y, para final, la puntilla del calificativo cursi, aplicado a este San Sebastián, un tanto cruelmente tratado por el cronista:

«Está de moda ir a Rentería para comer patatas fritas con buenos tragos de sidra. También hay quien sube al Igueldo o llega más allá del Antiguo, pero la mayoría de los isidros veraniegos no salen del Bulevar, la Concha y la Avenida.

La verdad es que San Sebastián, en verano, está rematadamente cursi».

LA MODERNIDAD DE SAN SEBASTIAN

Emilio Bobadilla «Fray Candil» escribe sus impresiones de San Sebastián el año 1903. Y al margen de sus líricas exclamaciones ante tanta belleza como sus ojos contemplan, se dedica, sobre todo, a establecer algo como un balance comparativo entre ésta y Biarritz. «Fray Candil» establece también conocimiento con lo que, en aquel tiempo era el emporio de la belleza turística donostiarra, el Monte Ulía. Justamente, se dice que Igueldo nació de una especie de apuesta surgida entre los promotores del monte Ulía en ocasión de que, en este monte hacía demasiado calor un determinado día de verano. Alguien apuntó que, en Igueldo, estaría más fresco, como así era en un grado poco más o menos, y su consecuencia fue la erección, en Igueldo, de su Parque de Atracciones, etc.

«Fray Candil» empieza su crónica viajera de San Sebastián piropeando a la Bella Easo:

«San Sebastián es una ciudad moderna, de calles rectas, asfaltadas y limpias (gracias a su excelente Municipio), al revés de las de Biarritz, que son corcovadas y tortuosas. San Sebastián tiene una Avenida de la Libertad que puede competir, de noche sobre todo, con la Avenida de la Opera, de París, y no exagero. En Biarritz no hay un paseo como el de la Concha, sembrado de suntuosas quintas blancas a orillas del mar; pero —y váyase lo uno por lo otro— hay magníficos hoteles y pensiones.

Biarritz es una ciudad de lujo y placer, «rendez vous» de una muchedumbre cosmopolita, entreverada de «rastás». San Sebastián es más campo, es más democrático, con todo de ser la residencia veraniega de la corte.

Viniendo de Biarritz —no mintamos— huele a cursi. Aquí no se ve la gente obligada a vestirse dos o tres veces al día. Vienen pocas «femmes de proie» —la peste de Biarritz— a deslumbrarnos con sus «toilettes» llamativas. Tampoco vienen Pranzinis de frac. En Biarritz predomina el artificio: de cada rincón se ha hecho un «petit paradis». En lo social reina no sé qué de ceremonioso, que a mí, que odio la etiqueta, me enconora».

Que aquellos tiempos debían de ser buenos para San Sebastián es fácil inferirlo de la sorpresa y de la exultación que le domina al contemplar la luminosidad de ciertas calles y paseos donostiarros, como la Avenida, el Bulevar y la Zurriola. Y ya deja también, bien claro, que el esplendor de la Concha no es comparable con nada:

«En vano se buscaría en la ciudad española el refinamiento, la «pourriture exquise» que se pasea en Biarritz a la luz de un sol sevillano. La antigua residencia imperial tiene tres playas, a falta de una. Pero ¿acaso la Concha de San Sebastián no puede rivalizar, por lo espaciosa, con la playa de los Vascos?

Lo que sorprende en San Sebastián, como en Berlín, es el derroche de luz eléctrica. La casa más humilde permanece encendida hasta el alba, desde el zaguán hasta la buhardilla. París mismo, la «ville lumiere» —pura metáfora— envidiaría a San Sebastián su alumbrado. Yo no sé de calles más fulgurantes que la avenida de la Libertad, el bulevar y la Zurriola. A cada cinco pasos centellea una bomba eléctrica. ¿Para qué, si a partir de las diez de la noche —ahora, a principios de otoño— no se ve un gato por las calles?

Poco más cuenta «Fray Candil» de su visita a San Sebastián, a no ser esa subida a Ulía en tranvía. Y para informarse del tipismo vasco, de las características de la raza, de los usos y costumbres del pueblo, prefiere desplazarse a Hernani. La impresión de su visita a Ulía queda condensada en estos términos:

«Un tranvía eléctrico me encarama en el monte Ulía. Desde arriba se abarca la ciudad con sus tejados rojizos. La plaza de toros remeda un inmenso salvavidas.

El sol relampaguea en las crestas de las montañas, en los valles con sus casitas de ladrillo, en la vasta lámina azul del mar. El tren se desliza entre los árboles. Una bruma lechosa rodea las lejanas cumbres, que se montan las unas sobre las otras como los dientes de un degenerado. ¿Quién no imagina tener ante los ojos un paisaje suizo?

El sol quema y en el restaurante no hay una mesa libre. Echo una última mirada sobre aquel valle fértil, jugoso y risueño, y me vuelvo al tranvía».

El tranvía al monte Ulía fue inaugurado el 8 de junio de 1902. Era, según el cronista de la ciudad Adrián de Loyarte,

«cómodo, elegante, y de maravillosas perspectivas, eléctrico, de bellísimas jardineras y coches, y arrancaba en la carretera de Madrid a Irún».

Lástima que, en ese año de 1903 en que hizo su visita «Fray Candil» no tuviese posibilidad de montar en aquel transbordador o «tranvía aéreo» que se montó también en el monte Ulía. Pero este vehículo, que habla bien claramente de la tendencia progresista con que miraban el futuro de la ciudad los donostiarras de entonces, se inauguró el 30 de septietmbre de 1907, cuatro años más tarde de la visita de «Fray Candil». Fue idea, como se sabe, de la mente fértil e ingeniosa del ingeniero Torres Quevedo, inventor de un sin fin de máquinas de calcular, del ajedrez automático, y constructor asimismo de un transbordador funicular aéreo en las mismísimas cataratas de Niágara.